

CONVIVIUM

REVISTA DE FILOSOFIA

SEGONA SÈRIE



UNIVERSITAT^{DE}
BARCELONA

34
2021

CONVIVIUM

REVISTA DE FILOSOFIA

SEGONA SÈRIE

34

2021

SUMARI

ARTICLES

ANTONIO GUTIÉRREZ-POZO

Don Juan, Don Quijote, San Mauricio y el Arquero:
figuras del heroísmo moral en Ortega y Gasset 5

ÀNGEL PASCUAL MARTÍN

El joc d'oblidar Alcibíades. Precaucions pedagògiques
i presentació pública de la filosofia al *Protàgoras* de Plató 41

STÉPHANE VINOLO

Nada que ver. Imagen, sueño y negatidades
en la primera filosofía de Jean-Paul Sartre 63

FRANCISCO DE LARA LÓPEZ

Negativität und Kritik: Über die philosophischen
und politischen Grundstellungen von Heidegger,
Gadamer und Adorno 91

MANUEL ALEJANDRO SERRA PÉREZ

Sobre el fundamento de la finalidad natural en Aristóteles 105

CRISTÓBAL BALBONTIN-GALLO

Levinas vs. Derrida: lire *Autrement qu'être* comme réponse
à la critique de *Violence et métaphysique* 141

JOSEP MONSERRAT MOLAS

«El grec em basta per omplir la vida»: l'exili d'Alexandre Galí
i la traducció del *Critó* de Plató 171

LORENA ESMORÍS GALÁN
Coordenadas bíblicas para un mapa humano. Lectura del mito
adánico según Giovanni Pico della Mirandola y según
Immanuel Kant 191

NOTES I DISCUSSIONS

SEMINARI IRIS MURDOCH
Análisis de las novelas de Iris Murdoch: *Jackson's Dilemma*,
Henry and Cato, *The Green Knight* y *The Time of the Angels* 213

RESSENYES

RICARD SAPENA MAYOLA
Román Cuartango
Posthistoria y transhumanidad 237

IGNACIO MARCIO CID
Enrico Berti
Scritti su Heidegger 241

ESTEBAN ANDRÉS GERALDINO MOLINA
Xavier Escribano (ed.)
*De pie sobre la tierra: caminar, correr, danzar:
ensayos filosóficos e interdisciplinarios de antropología
de la corporalidad* 251

DONALD GILMAN
Susan Byrne
Ficino in Spain 256

MISERICÒRDIA ANGLÈS CERVELLÓ
Josep Maria Esquirol
Humà, més humà: una antropologia de la ferida infinita 259

DON JUAN, DON QUIJOTE, SAN MAURICIO Y EL ARQUERO, FIGURAS DEL HEROÍSMO MORAL EN ORTEGA Y GASSET. POR UNA MORAL HUMANISTA

DON JUAN, DON QUIXOTE, SAINT MAURICE AND THE ARCHER,
FIGURES OF MORAL HEROISM IN ORTEGA Y GASSET.
FOR A HUMANIST MORAL

ANTONIO GUTIÉRREZ-POZO
Universidad de Sevilla

RESUMEN

En este artículo presentamos cuatro figuras simbólicas del pensamiento de José Ortega y Gasset: Don Juan, Don Quijote, San Mauricio y el Arquero, que representan, a su vez, cuatro modelos de sujeto moral, de heroísmo y de ser humano. En contraste con ellas, Ortega expone un antihéroe, el ser humano característico de la rebelión de las masas, el ser humano de la adaptación. El estudio de esas cuatro figuras implica el estudio de la ética orteguiana, que es una verdadera moral del héroe. Don Juan representa el nihilismo ético sin finalidad, sin meta, y Don Quijote es el héroe melancólico cuyo objeto es una alucinación, un ideal imposible. San Mauricio es para Ortega ejemplo del sujeto moral que da su vida por un fin, pero su meta es de naturaleza trascendente, religiosa. Y el Arquero representa el verdadero modelo de héroe humanista orteguiano, el auténtico sujeto moral y ejemplo de ser humano cuya meta es llegar a ser él mismo.

Palabras clave: Ortega y Gasset, héroe, moral, humanismo, ser uno mismo.

RESUM

En aquest article presentem quatre figures simbòliques del pensament de José Ortega y Gasset: Don Juan, Don Quixot, Sant Maurici i l'Arquer, que representen, també, quatre models de subjecte moral, d'heroisme i d'ésser humà. En contrast amb elles, Ortega exposa un antiheroi, l'ésser humà característic de la rebel·lió de les masses, l'ésser humà de l'adaptació. L'estudi d'aquestes quatre figures implica l'estudi de l'ètica orteguiana, que és una veritable moral de l'heroi. Don Juan representa el nihilisme ètic sense finali-

tat, sense meta, i Don Quixot és l'heroi melancòlic l'objecte del qual és una al·lucinació, un ideal impossible. Sant Maurici és per a Ortega un exemple del subjecte moral que dona la seva vida per a una finalitat, però la seva meta és de naturalesa transcendent, religiosa. I l'Arquer representa el vertader model d'heroi humanista orteguian, l'autèntic subjecte moral i exemple d'ésser humà la meta del qual és arribar a ser ell mateix.

Paraules clau: Ortega y Gasset, heroi, moral, humanisme, ser un mateix.

ABSTRACT

In this paper we present four symbolic figures of Ortega y Gasset's thought: Don Juan, Don Quixote, Saint Maurice, and the Archer, which represent, in turn, four models of moral subject, heroism, and human being. In contrast to them, Ortega exhibits an antihero, the human being characteristic of the rebellion of the masses, the man of adaptation. The study of these four figures implies the study of the Orteguian ethic, which is a true morality of the hero. Don Juan represents ethical nihilism without purpose, without aim, and Don Quixote is the melancholic hero whose object is a hallucination, an impossible ideal. For Ortega, Saint Maurice is already an example of the moral subject who gives his life for an objective, but his goal is of a transcendent, religious nature. The Archer represents the true model of the Orteguian humanist hero, the authentic moral subject and example of a human being whose goal is to become himself.

Keywords: Ortega y Gasset, hero, moral, humanism, be oneself.

1. INTRODUCCIÓN: SÍMBOLOS DE MORALIDAD Y HUMANIDAD

El propósito principal de nuestro trabajo es el análisis y comparación de cuatro personajes reales o imaginarios que ocupan un papel destacado en el pensamiento de José Ortega y Gasset como símbolos de distintas maneras de comprender al ser humano: Don Quijote, San Mauricio, Don Juan y el Arquero. La reflexión comparativa sobre estos cuatro tipos simbólicos que representan otras tantas perspectivas morales y antropológicas, y en definitiva cuatro modelos de heroísmo moral, nos va a permitir también desvelar las tesis centrales de la ética orteguiana que se resume verdaderamente en una *moral del héroe*.¹ Enfrente de estos cuatro tipos heroicos, Ortega presenta un antihéroe, el ser humano *masificado* que encarna la quiebra

1 Cerezo 1984: 339-375; 2011: 93-103; Lasaga 2006: 25-46, 25-46, 67-94; Díaz Álvarez 2003.

de la moralidad en la época de la *rebelión de las masas*. El análisis de la contraposición que se establece entre ellos también nos será de ayuda para el esclarecimiento del héroe moral. Así como en último término la ética trata del *ethos*, el carácter moral que cada uno constituye viviendo, aquellos cuatro personajes representan otros tantos caracteres morales o modos de ser.² No nos puede resultar extraño que una filosofía como la de Ortega, de carácter humanista, alérgica a toda forma de trascendentalismo y enemiga de la abstracción, emplee estos tipos simbólicos como instrumentos expresivos de diversos prototipos de humanidad. Son símbolos morales y antropológicos, modos de vivir y de ser, que representan maneras de entender lo humano y patrones de comportamiento. En última instancia, estos personajes orteguianos forman parte de la galería de figuras simbólicas que jalonan la historia del pensamiento y que llevan consigo toda una metafísica, una ética y una estética, como, entre otros, el Er platónico, el Fausto, la Helena y el Mefistófeles goetheanos, el Zaratustra, el Dioniso y el Sileno de Nietzsche, el Don Juan, el Nerón y el Abraham kierkegaardianos, o el Don Quijote de Unamuno. Resulta llamativo y esclarecedor que filosofías tan distantes como la heideggeriana y la analítica coincidan en no adoptar el uso de estos símbolos de humanidad. La causa indudable de esta singular coincidencia es su común antihumanismo. Solo las filosofías que, de un modo u otro, poseen algún alcance humanístico emplean estas ilustraciones metafísicas, éticas y antropológicas. De las cuatro ilustraciones simbólicas orteguianas que vamos a analizar nos interesa especialmente su dimensión ética, no su aspecto metafísico o epistemológico.³ Dado que Ortega concibe la moralidad en relación con ideales de perfección, aquellos cuatro personajes simbólicos representan otros tantos modelos ideales de vida moral, cuatro estilos éticos de existir humanamente, de perfección. Ortega acabará proponiendo uno de ellos como verdadero ideal ético/antropológico, como auténtico sujeto moral o arquetipo de héroe. El camino para dilucidarlo con precisión será el análisis, discusión y confrontación de los cuatro.

2 Aranguren 1958: 45ss.

3 Cerezo 2011: 87-100.

2. QUÉ ES SER UN HÉROE

2.1. Ética y antropología. Vocación y misión

En el pensamiento de Ortega, las nociones de heroísmo y moral se hallan esencialmente vinculadas. Por eso, el héroe es la subjetividad moral ideal orteguiana. Entonces, la pregunta qué es ser un héroe equivale a la pregunta por la moralidad. Ahora bien, lo moral, según Ortega, «no es una *performance* suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que es el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia», de manera que «la moral no es lo que el hombre debe ser, pero por lo visto puede prescindir de ser, sino que es simplemente el ser inexorable de cada hombre». ⁴ Por este motivo, puede asegurar Ortega que «un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en plena posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad». ⁵ Para Ortega, ser moral no es sino ser un ser humano *en forma*, en su pleno ser. La moralidad equivale a la perfección ontológica. Lo ético y lo antropológico entonces están indisolublemente unidos en la filosofía orteguiana. En consecuencia, un héroe es un ser humano en forma. En resumen, podemos afirmar que, a juicio de Ortega, el héroe es el sujeto moral y el modelo antropológico. Para desplegar el concepto de lo moral tenemos que aclarar entonces el ser del ser humano, lo que a su vez nos obliga a despejar la idea de vida humana. En efecto, la vida humana, la vida de cada uno, *mi vida*, es la realidad radical orteguiana y esto significa que «todo lo demás que, en algún sentido, pueda decirse que es lo será en mi vida», ⁶ y precisa Ortega que «es lo que sea para ella, lo que sea como vivido». ⁷ Esta tesis vale tanto para las cosas, cuyo ser es su relación vital con el yo concreto viviente, como para el propio yo, para cada ser humano, que consiste en lo que es en su vida, en su relación con las circunstancias. Por tanto, escribe Ortega, «yo no soy mi vida. Ésta, que es la realidad, se compone de mí y de las cosas [...] nos somos mutuamente trascendentes, pero ambos somos inmanentes a esa coexistencia absoluta que es la vida»; de aquí se despren-

4 Ortega 1930a: 304.

5 Ortega 1930a: 304.

6 Ortega 1930b: 232.

7 Ortega 1929: 345.

de que «mi vida no es mía, sino que yo soy de ella».⁸ «Mi vida», la vida de cada uno, que es la única vida real existente puesto que no existe la vida en abstracto, «mi vida», pues, no se reduce al yo ni, por tanto, yo soy mi vida, pero es indudable que para Ortega yo soy lo que soy en mi vida: «Yo soy el que vive».⁹ Aclarar entonces el ser del yo, del ser humano, implica esclarecer la estructura ontológica de la vida humana.

La vida humana es entendida por Ortega como «dedicación de sí misma a algo, como misión».¹⁰ La estructura ontológica de la vida humana entonces es ser misión: «Misión significa lo que un hombre tiene que hacer en su vida».¹¹ El ser humano es *misionista*, un ser con misión. Afirmar que la vida humana tiene la estructura de una misión implica afirmar que «tiene que estar puesta a algo, a una empresa gloriosa o humilde».¹² El carácter *misional* de la vida humana significa que la vida es proyecto, algo que se hace con la intención de lograr algo, una meta. «Vivir es ir disparado hacia algo, es caminar hacia una meta», confirma Ortega.¹³ Ahora bien, en la filosofía orteguiana esta naturaleza misional no es la estructura ontológica radical de la vida humana. Más bien lo es el concepto de vocación, mientras que la idea de misión es secundaria y relativa a él. La vida humana es misión porque es vocación y no al revés. Efectivamente, escribe Ortega, «yo soy [...] vocación [...] soy en el más radical ser de mí mismo vocación, es decir, el llamado a ser esto o lo otro».¹⁴ Y la vocación es «una voz extraña, emergente de no sabemos qué íntimo y secreto fondo nuestro», una voz que nos llama a ser algo, «lo que tenemos que ser».¹⁵ Lo que tenemos que ser es «el ente individualísimo y único que, en efecto, se es».¹⁶ Por tanto, eso a lo que nos voca la voz radical de la vocación es a ser auténticamente nosotros mismos, «la verdad de lo que somos», a autorrealizarnos.¹⁷ A realizar un «ideal de vida personal» es a lo que nos llama, según Cerezo, la vocación orteguiana, «un “sí mismo” o arquetipo del yo, en que este

8 Ortega 1932-33: 658.

9 Ortega 1930b: 221.

10 Ortega 1933-47: 497.

11 Ortega 1935a: 349.

12 Ortega 1930c: 466.

13 Ortega 1930c: 466.

14 Ortega 1930-31: 438.

15 Ortega 1933-47: 482.

16 Ortega 1930-31: 439.

17 Ortega 1916a: 216.

encuentra su figura verdadera o auténtica de existencia».¹⁸ En consecuencia y como advertíamos, la vocacionalidad de la vida humana es la que la convierte en misión, en la misión de ser lo que se tiene que ser, de llegar a ser cada uno su *sí mismo*. Porque aquella extraña voz vocacional nos insta a autorrealizarnos, la vida de cada uno de nosotros consiste en la misión de que lleguemos a ser nosotros mismos. La meta de la misión en que consiste la vida humana, aquello a que estamos llamados vocacionalmente, es realizar la mismidad personal que cada uno es. Por esto la vida humana consiste en «el esfuerzo por ser sí mismo».¹⁹ Antes de continuar, quiero precisar que esta voz extraña y radical de la vocación ni es una revelación divina ni es procedente del interior psíquico del sujeto ni tiene un fundamento genético. Ciertamente, cada uno la oye en su interior, pero su origen es el encuentro entre lo interior del sujeto, su psique, y su circunstancia. Ortega confirma que «en el choque con el *contra-mí* que es el universo se aclara a sí mismo nuestro yo».²⁰ Este *yo*, «el *dentro*, el “sí mismo”, no es una cosa espiritual frente a las cosas corporales del contorno», y, de hecho, «cuando miro, de espaldas al contorno físico, esa supuesta intimidad mía, lo que hallo es mi paisaje psíquico, pero no mi yo», puesto que realmente, insiste Ortega, «éste no es una cosa, sino un programa de quehaceres, una norma y perfil de conducta».²¹ Esa norma de conducta es la vocación y nos dice: «sé el que tiene que ser, sé tú mismo». Pues bien, destaca de nuevo Ortega, esa «norma surge en la acción. En el choque enérgico con el fuera brota clara la voz del dentro como programa de conducta. Un programa que se realiza es un dentro que se hace fuera».²² Por tanto, el yo o *sí mismo* que estamos llamados a ser por la voz extraña de la vocación nace en el embate entre la idiosincrasia del sujeto y las posibilidades que ofrece la circunstancia, de modo que puede decirse que aquella ha de encajarse en esta. Así lo expresa Ortega: «El hueco de la circunstancia ceñido a la cual se siente feliz nos permite dibujar el perfil en relieve de su yo».²³

18 Cerezo 1984: 356.

19 Ortega 1930c: 435.

20 Ortega 1932: 140.

21 Ortega 1932: 148.

22 Ortega 1932: 148.

23 Ortega 1946: 809.

2.2. El héroe como compromiso radical con el *sí mismo*

La misión de llegar a ser nosotros mismos que nos encomienda la vocación es el fundamento de la idea orteguiana de héroe y, por consiguiente, de la moral heroica. Como ese *yo misional* es algo a lo que el ser humano está vocado y no algo que necesariamente ha de cumplir, de manera que le es propuesto más que impuesto, Ortega deduce que el ser humano «puede negarse a realizarlo» porque tiene libertad para desobedecer aquella extraña voz y para poder «ser infiel a sí mismo».²⁴ Más aún: no solo ocurre que Ortega sostiene que el privilegio de la libertad es la causa de que el ser humano «esté siempre en peligro de no ser el *sí mismo* único e intransferible que es», sino que además incumplir aquel encargo vocacional es lo que suele suceder de hecho: «La mayor parte de los hombres traiciona de continuo a ese sí mismo que está esperando ser».²⁵ Por este motivo no puede sorprendernos que Ortega reconozca que atender la llamada vocacional a la autorrealización sea algo verdaderamente heroico. Ahora ya podemos responder a la pregunta con la que comenzábamos esta sección. Ortega afirma que «ser héroe consiste en ser uno, uno mismo».²⁶ El ser humano en forma que es el héroe asume la misión de ser *sí mismo* a la que nos emplaza la vocación, de modo que lo heroico reside en «la voluntad de ser lo que aún no se es».²⁷ Por esto puede sostener Julián Marías que el héroe orteguiano «está definido por su pretensión de ser alguien, por un proyecto».²⁸ Pero para llegar a ser el *sí mismo* que tenemos que ser debemos resistir y vencer la fuerza coactiva que ejerce sobre nosotros la circunstancia, superar la cómoda costumbre natural de adaptarse a lo ya existente. De ahí que Ortega advierta que el proyecto heroico consiste en «un esfuerzo sobrenatural para resistirse al hábito».²⁹ El resultado de esta acción heroica es aumentar el mundo introduciendo la original novedad que representa el uno mismo individual, único e irrepetible: «La acción heroica es una aspiración a innovar la vida, a enriquecerla con una nueva manera de obrar».³⁰ Es evidente

24 Ortega 1932: 126.

25 Ortega 1939: 540s.

26 Ortega 1914: 816.

27 Ortega 1914: 821.

28 Marías 1960: 211.

29 Ortega 1917a: 310.

30 Ortega 1917a: 310.

que el espíritu de la creación anima e impulsa esta moral orteguiana del héroe.

Pero lo que caracteriza al héroe no solo es su voluntad de llegar a ser el *sí mismo* que todavía no es, sino también su compromiso radical y absoluto con esa meta. Ahora bien, querer ser de verdad uno mismo significa que el héroe «está dispuesto a derramar su vida precisamente por algo que sea capaz de llenarla. Esto es lo que llamamos ideal».³¹ Solo cuando soy tan radicalmente fiel a la meta o ideal que me he propuesto que puedo llegar al extremo de entregar mi vida por ella, solo entonces, soy realmente yo mismo. Dada además la ligazón de partida entre ser moral y ser un héroe, podemos inferir que el criterio orteguiano de moralidad es vivir comprometido con el objeto querido, el ideal, de tal modo que, si fuera necesario, se puede incluso regalar la propia existencia. Lo moral, lo heroico, reside en la voluntad, concretamente en la plenitud con que se quiere una meta. Cuando quiero absolutamente algo soy yo mismo. La moralidad que representa ejemplarmente el héroe consiste en vincularse tan radicalmente al objeto querido o ideal que «no nos parecería soportable vivir nosotros en un mundo donde el objeto querido no existiera» y nos percibiríamos como «infieles a nosotros mismos».³² No podemos ser nosotros si renunciamos a la meta ideal, no podemos autorrealizarnos sin lo querido. El mayor deber del ser moral, del ser heroico, es «la fidelidad con nosotros mismos» y solo somos fieles de verdad a nosotros cuando queremos algo con todo nuestro ser, cuando nos comprometemos con eso querido sin reservas ni miedos.³³ Este querer es el auténtico querer moral, el *querer ético* que encontramos en el héroe orteguiano y que lo enfrenta con la muerte. El héroe moral orteguiano está tan cerca de la muerte que puede afirmarse que ella misma es el criterio ético-heroico: «Ese esfuerzo, en que el hombre se toma a sí mismo en peso todo entero y se apresta a lanzar su existencia allende la muerte, es lo que de un hombre hace un héroe».³⁴ Jugarse la vida incluso hasta la muerte por los ideales que queremos, en suma, por ser uno mismo, es lo que según Ortega nos convierte en héroes, en verdaderos sujetos morales, en auténticos seres humanos.

31 Ortega 1921: 198.

32 Ortega 1917b: 286.

33 Ortega 1917b: 287.

34 Ortega 1921: 198.

3. DON JUAN, EL HÉROE NIHILISTA Y SIN FINALIDAD DE NUESTRO TIEMPO

Para Ortega, «no hay leyenda más española» que la de Don Juan, pero no es una cualquiera sino una objetividad moral con sentido universal, motivo por el cual representa «uno de los máximos dones que ha hecho al mundo nuestra raza».³⁵ Y esta aportación no es otra que el hecho de que la figura española de Don Juan simboliza, según Ortega, «el problema más recóndito, más abstruso, más agudo de nuestro tiempo».³⁶ Ese gran don que ha hecho España a la cultura universal con el héroe donjuanesco no puede ser otro precisamente que personificar el problema más vivo de nuestra época, que consiste en el nihilismo del tiempo de la *rebelión de las masas*. Este nihilismo se debe a que el ser humano contemporáneo se ha *masificado*, esto es, se ha desmoralizado, ha renegado de los atributos propios de la moralidad: tener una meta, vivir comprometido con algo, ser sí mismo. Según Ortega, «el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa más inmediata de la desmoralización europea», de modo que «la rebelión de las masas es una y misma cosa con la desmoralización radical de la humanidad».³⁷ La disposición hacia la autorrealización y la autenticidad, claves morales, es lo que está en crisis en la época de las masas porque faltan metas con las que los individuos puedan identificarse y dar su vida si fuese menester: «Estos años asistimos al gigantesco espectáculo de innumerables vidas humanas que marchan perdidas en el laberinto de sí mismas por no tener a qué entregarse».³⁸ No hay metas personales. Cada uno no puede ser él mismo, como reclama la moral orteguiana. Es más, en este momento histórico de masificación, «los únicos esfuerzos que se hacen van dirigidos a huir del propio destino, a cegarse ante la evidencia y su llamada profunda, a evitar cada cual el careo con *ese que tiene que ser*».³⁹ Las masas desoyen la voz de la vocación y desertan de la tarea personal de ser cada uno sí mismo. Contra la autenticidad personal, en la era de la rebelión de las masas manda lo general, lo homogeneizante, lo idéntico, y se ha declarado la guerra a lo personal, lo diferente e individual, que es

35 Ortega 1921: 184, 188.

36 Ortega 1925a: 183.

37 Ortega 1930c: 445, 455.

38 Ortega 1930c: 466.

39 Ortega 1930c: 439.

denostado y arrinconado. En este tiempo, sentencia Ortega, «quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado».⁴⁰ El ser humano europeo masificado «se ha quedado sin empresa para sí y para los demás».⁴¹ Se pone en cuestión la índole misional de la existencia, pues «el hombre-masa es el hombre cuya vida carece de proyecto».⁴² En resumen, «el hombre-masa carece simplemente de moral, que es siempre, por esencia, sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación».⁴³ En esta situación de desorientación, sin metas hacia las que encaminarse, «cada vida se queda en sí misma, vacía, sin tener quehacer. Y como ha de llenarse con algo, se inventa o finge frívolamente a sí propia, se dedica a falsas ocupaciones que nada íntimo, sincero impone. Hoy es una cosa, mañana otra»; por esto dirá gráficamente Ortega que estos europeos masificados son «boyas que van a la deriva».⁴⁴ La inmoralidad del *hombre masa* orteguiano, su antiheroísmo, se debe a que somete su existencia al imperativo de la adaptación, vive gobernado desde fuera y por ello es una subjetividad que, despojada de *sí mismo* y carente de libertad, va a la deriva. Lasaga sostiene con acierto que «el hombre masa es el incapaz de mandarse a sí mismo para hacerse dueño de sí».⁴⁵

Ahora bien, y esto es lo esencial, este sujeto masificado es un antihéroe de la adaptación porque, animado por el «horror a la muerte», su norma *moral* superior es conservar su propia existencia al precio que sea, de manera que «supedita todo a no perder la vida»,⁴⁶ socavando incluso las bases mismas de la moralidad, o sea, renunciando a su *sí mismo* y a comprometerse absolutamente con algo, prueba de fuego de la autenticidad personal. El imperativo *moral* que rige su existencia, no morir y alargar su vida material a toda costa, es lo que le lleva a sacrificar su *sí mismo* y su libertad. Este imperativo es la causa de que su existencia consista en adaptación. Por esto, «vive atenido a lo necesario, y lo que hace lo hace por fuerza»,⁴⁷ gobernado por la circunstancia a la que ha entregado su libertad y su mismidad. Ha descubierto que la adaptación es el mejor

40 Ortega 1930c: 380.

41 Ortega 1930c: 466.

42 Ortega 1930c: 402.

43 Ortega 1930c: 497.

44 Ortega 1930c: 466, 378.

45 Lasaga 2006: 163.

46 Ortega 1925b: 547s.

47 Ortega 1914: 819.

medio para sobrevivir. Renuncia a ser auténtico, a ser el que tiene que ser, a comprometerse con algo con lo que se identifica, por tal de seguir vivo. En vez de ser un *ser proyectivo*, con misión, es un *ser de adaptación*, va a la deriva de las circunstancias. Por eso es un ser humano desmoralizado y antiheroico, porque ser moral, ser un héroe, es consagrarse a un ideal aunque en ello nos vaya la propia vida. El heroísmo de los cuatro modelos orteguianos de héroe de esta moralidad ahora en crisis por la rebelión de las masas, su moralidad, reside en el hecho de que entregan su vida por algo. Ser moral para Ortega consiste en estar totalmente comprometido con la misión de autorrealizarse, de llegar a ser auténticamente uno mismo: «No conozco otro rasgo más certero para distinguir un hombre moral de un hombre frívolo que el ser capaz o no de dar su vida por algo». ⁴⁸ Según José Lasaga, para Ortega «vivir éticamente es poner la vida a una carta», ⁴⁹ de modo que nada puede valer aquella vida que no se la *juega* en el compromiso con algo, «una vida que se arrastra y prolonga en el vacío de sí misma». ⁵⁰ Pero no se trata evidentemente de una simple y nihilista voluntad de muerte, sino de morir por un ideal, por algo, por ser uno mismo. Efectivamente, «exponerse a la muerte no es de suyo ningún síntoma de virilidad (*virtus*) ética, si no va acompañado de una profunda afirmación de un sentido en la vida», ha declarado con gran acierto Pedro Cerezo. ⁵¹ Se trata de jugarse la vida por llegar a ser lo que se es. Esta es la misión que define el compromiso ético en que consiste la existencia. Ahora bien, vivir moral o heroicamente, afirmándose libremente a sí mismo, en «perpetua resistencia a lo habitual y consueto», implica una existencia en «perenne dolor». ⁵²

Pero si, según Ortega, Don Juan representa «una figura de altísima moralidad», ⁵³ cómo puede al tiempo desempeñar el papel de símbolo de este antihéroe de la adaptación, de este nuevo sujeto masificado y desmoralizado que va a la deriva, sin sí mismo que le gobierne y sin meta a la que entregar su vida. Cómo puede ser una cosa y otra, tan distantes y contrarias. Pues bien, en la integración de estas dos funciones tan dispares en un solo sujeto

48 Ortega 1921: 198.

49 Lasaga 2006: 117.

50 Ortega 1925b: 547.

51 Cerezo 2009: 143.

52 Ortega 1914: 816.

53 Ortega 1917b: 287.